

El ascensor

Eran las ocho y media y desde hacía más de diez minutos el Dr. Bonaire estaba parado delante de los ascensores con la esperanza, renovada cada día, de que se abriera una puerta para poder subirse a uno de ellos: todos los días era lo mismo. Él pretendía que los auriculares lo aislaran de la realidad. Había oído lo de son las ocho de la mañana, las siete en Canarias, pero ahora había pasado a la música. Sonaba Barry White: *You're the first, the last, my everything*. Desde hacía años esta canción lo estimulaba sin saber muy bien por qué y hacía meses que por las mañanas la oía repetidamente hasta que comenzaba a trabajar. Aunque se había planteado más de una vez subir por las escaleras, los doce pisos hasta su lugar de trabajo le suponían un esfuerzo para el que ya no estaba preparado. A decir verdad, pocos estaban preparados para eso. Además, ¿qué prisa tenía? Lo de hoy sería lo mismo que lo de mañana.

A su alrededor se amontonaban no menos de cuarenta personas, todas ellas con la nada oculta intención de abordar una de esas puertas en cuanto pudieran. Se movían en oleadas.

— Hola, buenos días, ¿qué tal?

— A ver, a ver éste.

— ¿Sube o baja?

Una de las puertas se había abierto pero, para desconsuelo de la mayoría, llevaba colgando un cartel: “reservado para enfermos”. De su interior salía una silla de ruedas con su enfermo, con su pijama y goteros, empujada por el correspondiente celador.

— A ver, por favor, ¿nos dejan salir? ¡Señora, por favor!

Seguramente iban a *cardio*, a hacerse una eco, o quizás a alguna consulta que el paciente tuviera pendiente antes de ingresar y que por ninguna cosa del mundo se hubiera perdido, y menos estando ya allí. O a la capilla. No, a la capilla no lo llevaría el celador, a menos que fuera el celador de capilla; cada uno su función. Allí se quedaba el ascensor, abierto, inútil, con su cartel. Aunque tampoco tan inútil, ya que de estos había unos pocos: el ascensor de almacenes, el de farmacia, el que usan los obreros que arreglan los patinillos. Prácticamente eran mayoría los ascensores inútiles y ya se sabe que cuando formas parte de la mayoría entras en la normalidad.

El Dr. Bonaire estaba seguro de que alguno de los ascensores, no sabía cuál, llevaba años sin funcionar. Si te pones a pensar, es fácil que alguno no lo hayas visto abrirse nunca, pero eso no le llama a nadie la atención. O quizá sí funciona, pero va por libre: se para aquí, allá, a su antojo, donde no hay nadie esperando. De pronto, un revuelo. Todos se apresuran a tomar posiciones: se ha encendido una luz y ha sonado un ding. Una puerta se va a abrir. Por fin, sin esperar a que salga nadie del interior, la muchedumbre se abalanza como una turba y toma posesión del ascensor entre empujones. El Dr. Bonaire, experimentado, se desliza entre dos señoras, también con aire de expertas. Unas treinta personas ocupan el lugar reservado para no más de dieciséis. Algunos de ellos son los mismos que bajaban pero no han podido salir. Se quejan levemente: ya sabían que corrían riesgos. Afuera quedan seis o siete con cara de despago unos, y de inmenso cabreo otros: los que llevan bata.

No pasa nada. El ascensor se ha quedado bloqueado, las puertas abiertas, treinta personas en su interior todas a una, codo con codo, olor de multitud, ocho cuarenta y cinco. Los auriculares seguían: *You're the first, my last, my everything*. Homero Bonaire no podía evitar pensar en La Fe cuando oía esta parte.

— ¡Esto no sube! ¡Demasiado peso! Los últimos, ¡que bajen! — una auxiliar de la sexta, muy experimentada, era la que vociferaba en el desierto.

No iba a ser tan fácil. Prietas las filas, no se mueve ni dios. El Dr. Bonaire, que había cogido plaza por el medio, ni muy dentro ni muy fuera, estaba a la expectativa. Ni un movimiento. Como todos los días.

El ascensor de enfrente se abre de pronto, pero no se mueve nadie. La gente no asume riesgos, igual se quedan sin ninguno. A aguantar, sin mirar a nadie a la cara, a ver quién afloja y se baja.

— Bueno, qué. Que tenemos que trabajar — la auxiliar insistía con desgana, como quien está acostumbrada.

—¿Y nosotros qué? — respondía una acompañante que se había leído lo de “innovación y experiencia al servicio del paciente” — llevamos aquí una hora, a mi marido lo operaron ayer y lo he dejado solo para bajar a la máquina de los cafés y sólo faltaría que ahora me tuviera que bajar. ¡Que se bajen los últimos!

Los últimos, un neurocirujano y una internista, ya maduritos ambos, tenían claro que no se iban a mover. Eran muchos años y sabían perfectamente manejarse en las distancias cortas y en las apreturas.

La estrategia funciona: unas pocas personas deciden quedarse en tierra.

— ¡Sal, sal, aquí no hay quien aguante! ¡Qué agobio! Ya cogeremos otro — la señora que hablaba con su marido estaba a punto del colapso, pero sobre todo se sentía derrotada.

You'll make me feel this way, se metía por el cerebro de Homero Bonaire, cuando parecía que se desbloqueaban las negociaciones.

— Se han borrado los números — la internista, con cierta sorna, se vuelve hacia la jauría humana. El ascensor, inmóvil.

— Vayan diciendo.

— El siete, el cinco, la cuarta, el tres — van desgranando los más nerviosos.

— El uno — dice un chaval de unos veinte años. Camiseta imperio, paquete de Marlboro y móvil en la misma mano, gafas de pera (todos lo miran con cara de cagüentuputamadre, podrías haber subido cuarenta veces andando, pero no le dicen nada).

— A ver, repitan que esto tarda — la internista continúa con la paciencia de quien ha hecho esto muchas veces.

Poco a poco las luces verdes se van encendiendo en torno a los números. Ahora sí, las puertas se cierran. No; una uña, unos dedos, una mano aparece por la rendija que apenas quedaba y se agita en sentido vertical tratando de cortar la célula fotoeléctrica (nunca se sabe si es la de abajo o la de arriba y, por si acaso, los muy expertos hacen un barrido total). La mano consigue su objetivo primario y algunos daños colaterales: arañazo en la cara a la internista, probablemente con el dedo meñique armado con la uña multiusos, como una bayoneta.

— Menos mal. Casi lo pierdo.

— ¿Menos mal? ¿Casi lo pierdo? ¿Se va usted de la cabeza, o ... algo? — la internista, hasta ahora muy profesional, perdía los nervios mientras se llevaba la mano a la cara para comprobar que estaba sangrando levemente. No daba crédito.

— ¿No ve cómo vamos? Casi me salta un ojo.

— Lo siento, no sabía que iba tan lleno. Lamento haberle hecho daño. Espero que me disculpe — contra todo pronóstico, Freddie Cruger tenía modales.

— Venga, apártense de la puerta, que no se cierra. Estaremos aquí toda la mañana — la auxiliar mantenía su aplomo y su saber estar.

El Dr. Bonaire, observaba impertérrito la escena, como si flotara, como si fuera algo habitual, que lo era. Cada vez tenía más agotada la capacidad de sorpresa: *You're my reality, yet I'm lost in a dream*. La canción de nuevo lo devolvía a la realidad.

En la planta primera se baja el de la camiseta.

— ¿Sube o baja? — la señora que lo pregunta aparenta unos sesenta años.

— Sube — responden varias voces al unísono.

— Es igual, ya bajará.

Y contra todo pronóstico se hace un hueco. Arriba.

A su paso por la segunda el ascensor también se para. Nadie baja pero hay intentos de sumarse al grupo. A duras penas Bonaire puede moverse, y al girar la cabeza alcanza a ver dos figuras verdes, una enfermera de quirófanos con pijama, hombreras, flequillo con mechassasomando por el gorro de papel y un cirujano. Se trataba del doctor Alambique. Ocho cincuenta. ¿Qué hace aquí tan pronto? *You're my sun, my moon, my guiding star*. Al oír esto no pudo reprimir una sonrisa. Hacía tiempo que el Hospital esperaba una renovación, un impulso, savia nueva. Personajes así sólo quedan aquí — pensó. ¿Se vendrá a la Nueva Fe? — siguió reflexionando. ¡Capaces! — concluyó, sin saber muy bien a quién se refería.

— Tercera — anunció la internista.

Los del Hospital de Día aligeraron el ascensor.

Hacía ya algunos años que el Hospital de Día se había construido en esta planta y el Hospital estaba orgulloso de él. Siempre estaba lleno, todos los usuarios estaban contentos del funcionamiento. Pronto morirá de éxito — vaticinaba para sí Bonaire, mientras se cerraban las puertas.

A su paso por la cuarta planta el ascensor se topó con un paciente que arrastraba su palo de gotero como si fuera un estandarte. Barrigudo, icterico, definitivamente amarillo limón. La planta de Digestivo es lo que tiene — pensó, y de repente le vinieron a la cabeza muchos nombres de ese servicio, uno de los grandes. *I know there's only, only one like you...*, de pronto, mientras se cerraban las puertas, quizá fue la música la que le recordó que hacía poco que en Digestivo había un nuevo jefe.

En la quinta se bajaron dos parejas, una iba a la UMCE y la otra a Hematología. Otro servicio con jefe nuevo – pensó Bonaire. La jefa anterior estaba desde siempre: una pionera. Ahora hay otro. Un poco señoritos estos hematólogos — recordó que decía un amigo suyo oncólogo, aunque no acertaba a saber por qué.

— ¿Sube o baja?

De nuevo la pregunta. Y de nuevo alguien dispuesto a ir a la planta baja dando un rodeo por la doce. Adelante.

En la sexta no esperaba nadie más. Tampoco se bajó nadie. En Cardiología no había novedades. Había jefe relativamente nuevo, pero no había muchos cambios. *I see so many ways that I can love you*, Barry White seguía colaborando en la mañana. A las ocho cincuenta y cinco el ascensor paraba, se abría, y se cerraba en la planta séptima. Lo justo para avistar un paciente con pijama azul, con una bolsa de Loewe en la mano, en la que se alojaba la bolsa de diuresis y parte de la sonda. Ante todo un poco de glamour, pensó Homero Bonaire, mientras seguía la ascensión.

En la octava se bajaron el neurocirujano y la internista. Él iba a su sala y ella quizás a hacer una interconsulta. Ya no sangraba pero se llevaba la mano a la cara con frecuencia; estaba bastante molesta. El ascensor se iba vaciando y ya sólo quedaban ocho personas y cuatro plantas. *You're like a first morning dew on a brand new day*. Había que ir pensando en apagar la música.

A Homero Bonaire no le gustaba la novena. Cirugía Cardíaca, nuevo jefe que había revolucionado el ambiente cardiológico del Hospital (o al menos eso creía él). Cirugía Torácica, pacientes trasplantados. Homero tenía ideas contrapuestas en el tema de los trasplantes. Por un lado sabía que un trasplante es un acto elevado de solidaridad humana (¡toma ya!), pero por otro, se ponía nervioso cuando se decía que España era el país con más donaciones del mundo. ¡Ya te digo, con lo que pagan! El programa de trasplantes español hacía que muchos compañeros estuvieran cobrando el doble que él y trabajando más o menos lo mismo. Estas cosas no se quiere que se sepan, — pensaba Homero. Además los pacientes acababan por sentirse especiales y lo exigían todo. Definitivamente no le gustaba pasar por la novena. Subió el volumen de su iPod: *I see so many ways that I can love you*.

La décima y la once se pasaban deprisa: *Neumo* y *Onco*. Bonaire, neumólogo por predestinación, solía evitar su propia sala y se dirigía directamente a la doce,

donde desde hacía años se dedicaba a sus pruebas y a sus exploraciones. Pasaba de estar todo el día pendiente de mantener un buen ambiente de trabajo de manera artificial. Hacía tiempo que había decidido no entrometerse más de lo necesario, cumplir con su faena y volverse a casa sin llevarse malos rollos. Lo conseguía sólo a veces.

Por fin, la doce.

— Buenos días — un compañero, de verde y con la maleta, salía de guardia de las habitaciones del fondo.

— Buenos días — contestó Homero.

— Te toca sábado, por lo que veo.

—¿Sábado? ¿cómo sábado? — Homero Bonaire sintió cómo se le encogía algún órgano en su abdomen.

— Sí, sábado. ¡Me lo vas a decir, saliente de guardia!

—¡No me jodas! Es sábado. ¡Pero sí yo no trabajo los sábados!

— Pues lo disimulas bastante bien.

En la doce, sábado por la mañana y sin esperarlo, parecía que el techo del rellano se le iba a caer encima. Llevaba muchos años en este hospital y comenzaba a pasarle factura. No le importaba estar allí un sábado pero se daba cuenta, de pronto, de que hacía años que vivía en la rutina y pasaron por su mente en pocos segundos los años de residencia, con sus planes para triunfar en la Medicina, los años de adjunto joven, en los que se rodeaba de residentes y les enseñaba, la participación en sus primeros ensayos clínicos, su primera publicación, a propósito de un caso, y... los últimos quince años subiendo en el ascensor todas las mañanas.

Ahora sólo podía bajar, estaba en la doce.

El lunes, Homero Bonaire se colocó los auriculares, les dio todo el volumen que pudo, *you're the first, you're the last, my everything*, y se reconoció a sí mismo. Cogió a las ocho treinta otro ascensor, el del Pabellón de Gobierno, subió a la tercera entre jaulas llenas de historias clínicas, se acercó a la ventanilla de personal y se jubiló.

Valencia, octubre 2008

Paula Viraje